

Homilía ordenación sacerdotal de Ariel Ferrari y Santiago Rocca

14 junio 2024

+ Alberto G. Bochaty, OSA
Administrador Apostólico de La Plata
Secretario General
Conferencia Episcopal Argentina



Queridos Santiago y Ariel, queridos hermanos y hermanas:

Eligieron como primera lectura para esta santa Misa de ordenación sacerdotal, este texto de la primera carta a los Tesalonicenses, lleno de breves pero fundamentales consejos para una camino de vida.

Decía San Pablo y se los repite hoy el obispo: *estén siempre alegres. Oren sin cesar. Den gracias a Dios en toda ocasión: esto es lo que Dios quiere de todos ustedes, en Cristo Jesús.*

Como sacerdotes, *no extingan la acción del Espíritu; no desprecien las profecías; examínenlo todo y quédense con lo bueno. Cuidense del mal en todas sus formas.* Muchas veces tendrán que tomar decisiones y, como nos lo pide el Papa Francisco, **discernir** con sabiduría y humildad sobre muchas situaciones y criterios. Quédense con lo bueno y aléjense del mal!!

Que el Dios de la paz los santifique plenamente, para que ustedes se conserven irreprochables en todo su ser –espíritu, alma y cuerpo– hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo. Consérvense irreprochables, lo que no significa que no se puedan equivocar o incluso, caer en pecado, pero salgan de esa situación cuánto antes, aceptando la corrección fraterna y pidiendo misericordia y perdón a Dios y a los hermanos. Nunca pierdan la humildad y el espíritu de servicio. Que el ser sacerdotes no se les suba a la cabeza, sino que les exija en santidad y mayor amor a Dios y al prójimo.

En el Evangelio de Lucas, el diálogo con el Ángel, donde María se consagra al Señor, tiene una clave de lectura muy profunda. *María dijo al Ángel: ¿Cómo puede ser eso? El Ángel le respondió: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra... También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, ... porque no hay nada*

imposible para Dios». Dios nos llama a una misión y ministerio, el sacerdotal en su caso, y nos llama en medio del misterio bajo la fuerza del Espíritu Santo que los cubrirá con su sombra... Esto podría darnos escalofríos y vértigo por la dimensión pneumatológica en la que se coloca el *cómo puede ser?* Puede ser, porque no hay nada imposible para Dios. Santiago y Ariel: nada imposible para Dios, incluso que Uds. puedan ser sacerdotes... y yo obispo...

María dijo entonces: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho». Servicio y cumplimiento! Servicio que significa dar vida y amor, como María, hacer nacer a Jesús al mundo, a la realidad que les toque pastorear, ser otros Cristos. Cumplimiento: que se haga en mí. Ya no soy yo, es Cristo que vive en mí. Es vaciar mi voluntad en la del Padre y por lo tanto obedecer en el misterio al Dios de la vida y la verdad. Cumplimiento es la dimensión mariana de nuestras vidas, es donde se fundamenta la humildad, la inteligencia de la fe y entrega sin medida. No hace falta ser mujer para ser como María, hace falta saber estar al pie de la cruz, sin laméntelas ni pedido de explicaciones al Padre, sino repitiendo una y otra vez, hágase en mí según has dicho!!!

Quiero proponer una parte doctrinal del ministerio del orden sacerdotal, que ofrece elementos de reflexión sobre los valores teológicos fundamentales que empujan a la misión. Tenemos que buscar siempre la relación entre la dimensión eclesiológica-pneumatológica, que toca la esencia del ministerio, y la dimensión eclesiológica-pastoral, que ayuda a comprender el significado de su función y misión específica.

La presencia de Cristo¹, que así se realiza de manera ordinaria y diaria, hace de la Iglesia una auténtica comunidad de fieles. Por tanto, tener un sacerdote como pastor es de fundamental importancia para la comunidad. El título de pastor está reservado específicamente al sacerdote. En efecto, el orden sagrado del presbiterado representa para él la condición indispensable e imprescindible para ser nombrado válidamente párroco, por ejemplo. (cf. *Código de derecho canónico*, c. 521, 1). Ciertamente, los demás fieles pueden colaborar activamente con él, incluso a tiempo completo, pero, al no haber recibido el sacerdocio ministerial, no pueden sustituirlo como pastor.

La relación fundamental que tiene con Cristo, cabeza y pastor, como su representación sacramental, determina esta peculiar fisonomía eclesial del sacerdote. En la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* leemos que "la relación con la Iglesia se inscribe en la única y misma relación del sacerdote con Cristo, en el sentido de que la "representación sacramental" de Cristo es la que instaura y anima la relación del sacerdote con la Iglesia" (n. 16). La dimensión eclesial pertenece a la naturaleza del sacerdocio ordenado. Está totalmente al servicio de la Iglesia, de forma que la comunidad eclesial tiene

¹ Congregación para el Clero: *INSTRUCCIÓN "EL PRESBITERO, PASTOR Y GUÍA DE LA COMUNIDAD PARROQUIAL"* 4 de agosto 2002. Sigo libremente parte de esta Instrucción.

absoluta necesidad del sacerdocio ministerial para que Cristo, cabeza y pastor, esté presente en ella. Pero en un Santiago y un Ariel que no se la creen, sino que aman.

Si el sacerdocio común es consecuencia de que el pueblo cristiano ha sido elegido por Dios como puente con la humanidad y pertenece a todo creyente en cuanto injertado en este pueblo, el sacerdocio ministerial, en cambio, es fruto de una elección, de una vocación específica: "Jesús llamó a sus discípulos, y eligió doce de entre ellos" (*Lc* 6, 13). Gracias al sacerdocio ministerial los fieles son conscientes de su sacerdocio común y lo actualizan (cf. *Ef* 4, 11-12), pues el sacerdote les recuerda que son pueblo de Dios y los capacita para "ofrecer sacrificios espirituales" (cf. *1 P* 2, 5), mediante los cuales Cristo mismo hace de nosotros un don eterno al Padre (cf. *1 P* 3, 18). Sin la presencia de Cristo representado por el presbítero, guía sacramental de la comunidad, esta no sería plenamente una comunidad eclesial.

La santidad es siempre la misma, si bien con diversas expresiones, pero el sacerdote debe tender a ella por un nuevo motivo: corresponder a la nueva gracia que le ha conformado para representar a la persona de Cristo, Cabeza y Pastor, como instrumento vivo en la obra de la salvación. En el cumplimiento de su ministerio, por tanto, aquel que es "sacerdos in aeternum", debe esforzarse por seguir en todo el ejemplo del Señor, uniéndose a Él «en el conocimiento de la voluntad del Padre, y en el don de sí mismos por el rebaño». Sobre este fundamento de amor a la voluntad divina y de caridad pastoral se construye la *unidad de vida*, es decir, la *unidad interior* entre la **vida** espiritual y la **actividad** ministerial. El crecimiento de esta unidad de vida se fundamenta en la caridad pastoral nutrida por una sólida vida de oración, de manera que el presbítero ha de ser inseparablemente testimonio vivo de **caridad** y maestro de **vida interior**.

La entera historia de la Iglesia se encuentra iluminada por espléndidos modelos de donación pastoral verdaderamente radical. Existe ciertamente un numeroso batallón de santos sacerdotes que, como el Cura de Ars, patrono de los párrocos, el Cura José Gabriel del Rosario Brochero, han llegado a una eximia santidad a través de la generosa e incansable dedicación a la cura de almas, acompañada de una profunda ascesis y de una gran vida interior. Estos pastores, constituyen un Evangelio vivo.

Algunas corrientes culturales contemporáneas confunden la virtud interior, la mortificación y la espiritualidad con una forma de intimismo, de alienación y, por tanto, de egoísmo incapaz de comprender los problemas del mundo y de la gente. Se ha desarrollado también, en algunos lugares, una tipología multiforme de presbíteros: desde el sociólogo al terapeuta, del obrero al político, al "manager"... hasta llegar al sacerdote "jubilado". A este propósito se debe recordar que el presbítero es portador de una consagración ontológica que se extiende a tiempo completo. Su identidad de fondo hay que buscarla en el carácter conferido por el sacramento del Orden, debería saber actuar

siempre en cuanto sacerdote. Él, como decía San Juan Bosco, es sacerdote tanto en el altar y en el confesionario como en la escuela o por la calle: en cualquier sitio.

Puede suceder también que algunos sacerdotes, tras haber comenzado su ministerio con un entusiasmo cargado de ideales, experimenten el desinterés y la desilusión, e incluso el fracaso. Muchas son las causas: desde la deficiente formación hasta la falta de fraternidad en el presbiterio diocesano, desde el aislamiento personal hasta la ausencia de interés y apoyo por parte del Obispo mismo y de la comunidad, desde los problemas personales, incluso de salud, hasta la amargura de no encontrar respuestas y soluciones, desde la desconfianza por la ascesis y el abandono de la vida interior hasta la falta de fe.

De hecho, el dinamismo ministerial exento de una sólida espiritualidad sacerdotal se traduciría en un activismo vacío y privado de valor profético. Resulta claro que la ruptura de la unidad interior en el sacerdote es consecuencia, sobre todo, del enfriamiento de su caridad pastoral, o sea, del descuido a la hora de «custodiar con amor vigilante el misterio del que es portador para el bien de la Iglesia y de la humanidad».

Entretenerse en coloquio íntimo de adoración frente al Buen Pastor, presente en el Santísimo Sacramento del altar, constituye una prioridad pastoral superior con mucho a cualquier otra. El sacerdote, guía de una comunidad, debe poner en práctica esta prioridad para no caer en la aridez interior y convertirse en canal seco, que a nadie puede ofrecer cosa alguna.

La obra pastoral de mayor relevancia es, sin duda alguna, la espiritualidad. Cualquier plan pastoral, cualquier proyecto misionero, cualquier dinamismo en la evangelización, que prescindiese del primado de la espiritualidad y del culto divino estaría destinado al fracaso.

La vida y el sufrimiento de las personas, deben ser acompañadas con cercanía, compasión y ternura, tres cualidades de Dios que debe tener y cuidar el sacerdote.

La tragedia de la soledad y el dolor que muchas personas viven en la invisibilidad, también existen en la vida del sacerdote. El Papa Francisco nos dice que “En la vida de un sacerdote, lo invisible es más importante que lo visible, porque es más denso, más doloroso”, “nuestro trabajo como sacerdotes es ir a buscar a esta gente” porque “la Iglesia o es profética o es clerical: nos toca a nosotros elegir”.

Debemos crecer en la capacidad de amar, contemplar, entender y perdonar, cualidades valiosas en el ministerio sacerdotal, donde estamos llamados a ser “expresión del rostro misericordioso del Padre”.

El Papa Francisco habló en varias oportunidades del peligro de las ideologías en la Iglesia y de la colonización cultural: por favor, vivan el

sacerdocio sin ideologías, sin construcciones humanas, sin pareceres relativistas o parcializados; vivan el sacerdocio desde el Evangelio, los Padres de la Iglesia y el Magisterio. Ahí encontrarán todas las respuestas y la luz que necesitarán para ser sacerdotes testimonios de la verdad y la libertad de la Gracia.

Aprovecho la oportunidad para agradecer a todos los sacerdotes por su trabajo, y los exhorto a continuar con su compromiso, al discernimiento comunitario y a la escucha de todos aquellos que se dirigen a nosotros. Les pido que reciban con amor fraterno a Santiago y Ariel, nuevos hermanos sacerdotes para siempre.

Que María madre de sacerdotes los cubra con su manto y los haga crecer en salud y santidad.

Amén.